

LAS GANAS QUE TENGO DE **MATARTE**

YADIR GÓMEZ



«Todas las noches te observo desde aquí e imagino que te mato: Coloco mi **almohada** sobre tu cara y presiono fuerte hasta **ahogarte**.»

LAS GANAS QUE TENGO DE MATARTE

ESCRITO POR: YADIR GÓMEZ

DESCORRO LA CORTINA QUE DIVIDE TU CAMA DE LA NUESTRA. Te veo dormir; aún llevas maquillaje: brillantina en los labios, pestañas postizas, pómulos rosáceos. Si no fueran por tus ronquidos jamás sabría que es de madrugada cuando despierto. Carlita está a mis pies con el chupón en la boca y las piernas extendidas; procuro no moverme demasiado para no despertarla.

Todas las noches te observo desde aquí e imagino que te mato: Coloco mi almohada sobre tu cara y presiono fuerte hasta ahogarte. Sé que no es posible hacerlo: eres mayor que yo y eso te da ventaja en la fuerza. También podría usar veneno para ratas y echarlo en tu comida, pero en la ferretería está prohibida su venta a menores de edad y no conozco a nadie que quiera ser mi cómplice.

A veces pienso en Carlita y el dolor que le provocaría asesinándote. Ella no tiene la culpa de que te odie ¿o sí? Después de todo dices, que si trabajas en eso, es porque mi hermanita y yo tenemos que comer y estudiar. Y te pregunto si no hay otra forma de conseguir dinero, y me dices que no. Y yo digo que sí, que vendiendo golosinas en la calle como antes. Pero vuelves a decir que no, que eso no alcanza para alimentar tres bocas ni sostener el techo. Por eso nos dejas en la casa de Janeth, la vecina, que es mala y nos pega, pero eso no lo sabes porque cada vez que intento contártelo, me callas y te duermes.

Siempre te pido que cambies de trabajo y no me escuchas. Dices que lo que ganas ahora, alcanza para pagar las cuentas; a veces para comprar ropa y zapatos. Entonces te ruego que nos dejes al cuidado de la abuela, la queremos mucho y ella sabe comprender tu situación. Me dices que tu mamá ya está viejita, que está para que la cuiden; además vive lejos, al otro extremo de la ciudad.

Nosotros también vivimos lejos, en la punta del cerro: hay que caminar mucho para llegar a la escuela que está abajo en la avenida principal. Carlita tiene suerte, todavía puedes cargarla; por eso llega dormidita a la guardería y no siente cuando te despides. En cambio yo, camino por la calle sujeto de tu mano, arrastrando los pies, somnoliento, con las pantorrillas hinchadas y un hormigueo constante en los muslos.

Apenas me dejas en el colegio, los niños me molestan. Dicen que soy «maricón», «mujercita», que debería ponerme falda como tú. Yo no aguanto que me insulten y les pego. Por eso me tienen con matricula condicional y te enojas cuando te llaman de la dirección, pero la verdad es que tú tienes la culpa de todo esto y no lo sabes.

Tampoco te enteras que Janeth, la vecina, me recoge muy tarde de la escuela, que soy el último en salir y que la espero solo junto al portón. También me obliga a cargar a Carlita de regreso a la vecindad, y si demoro mucho, descansando en las esquinas, me da un coscorrón o un jalón de pelos para apurarme. Y cómo ibas a saberlo, si las veces que he querido decírtelo, cierras los ojos y te pones a roncar.

Janeth es mala, nos da de comer porquerías, cualquier cosa que encuentre en su frigidier, sea frío, apestoso, o que ya caducó. Si reclamo, me zurra y me quedo sin comer en todo el día. Y cuando nos recoges, te dice que me porto mal para justificar el castigo; y no es cierto, pero tú la apoyas y yo no tengo fuerzas para defenderme porque a esas horas de la noche solo quiero dormir, así como lo haces tú al llegar a casa.

Tampoco sabes que Janeth me deja en la calle toda la tarde: Anda a jugar, me dice, y se olvida de mí. Por eso no hago las tareas y el cuaderno de control está lleno de anotaciones de la tutora y los profesores. Resuelvo el problema falsificando tu

firma; Janeth me enseñó cómo hacerlo, pero tampoco te enteras porque nunca tienes tiempo para revisarme los cuadernos.

Los niños del barrio también se burlan de mí, siempre me cantan «maricón», «cabro», «amanerado». Y yo los enfrento a puños y patadas, pero a veces me superan en número y me linchan. Por eso tengo tantas abolladuras en el cuerpo, también las que me dejó Janeth, pero ella te dice que fueron los niños los que tuvieron la culpa y que yo los provoqué primero. Y por supuesto, le crees.

Antes de que los niños me dijeran «maricón», no sabía qué significaba esa palabra, lo entendí cuando el marido de Janeth me lo explicó. Maricón es el hombre que le gusta otro hombre y le gusta que se la metan por el culo; eso es un maricón, me dijo. Y yo creo que él mismo es maricón, aunque no sé si le gusta que se la metan por el culo, pero una vez me besó en la boca y otro día me vio la pichula mientras orinaba. Entre hombres no hay vergüenza, me dijo. Y lo cierto es que le tengo mucho miedo, incluso más que a Janeth, pero esto tampoco lo sabes.

Cuando le conté a Janeth que su marido me había besado y que me había visto orinar, la vecina me dio un cachetadón que me sacó sangre de la boca y me prohibió que diga «idioteces». Eres un mocoso mentiroso, y encima maricón, me dijo y amenazó con contarte que yo la espiaba mientras se

bañaba, pero eso es mentira, por lo menos en parte.

Sí la vi calata una vez, pero yo no tuve la culpa. Ella no había cerrado la puerta del baño y yo ya no aguantaba la pichi. La encontré con las tetas al aire y la panza aguada y rolliza, llena de estrías. Lo único que llevaba puesto era un calzón chiquito color rojo, que le quitaba la circulación a la altura de las caderas. También le vi unos pelos negros y extraños saliéndosele de entre las piernas y sentí asco.

Me acusó con su marido de espiarla, de ser un mañoso, y Juan me bajó el pantalón y el calzoncillo. Forcejé para que no lo haga, pero tiene mucha fuerza. Me dio de nalgadas muy duro. Me dejó el poto rojo y escaldado: me costaba sentarme después. Le juré que iba a contártelo todo, y que para mañana estaría muerto. Pero me dijo que nadie me iba a creer, aunque enseñara el poto enronchado porque inventaría cualquier cosa para defenderse, y que si yo lo acusaba, él iba a contar que yo le pegaba a Janeth cuando hacía rabietas.

La vecina lo apoyó mostrándome los moretones en su cuerpo; moretones que le hizo el propio Juan porque pelean mucho y él siempre aprovecha para golpearla en lugares donde no se ve. Me quedé callado, asustado por Carlita, tenía miedo de que se desquiten con ella, es solo una niña de dos años, estaría más segura contigo vendiendo golosinas en la calle, que con Janeth y su marido en esa casa. Pero ya sé que

mañana nos dejarás allá otra vez y que tendré que contener la rabia que me provocan.

Es que odio ver cómo Janeth y su marido se lamen las lenguas y se meten las manos en el pantalón; es asqueroso. Tampoco soporto los alaridos que da Janeth en el cuarto cuando está con Juan y Carlita duerme al lado. Me tapo las orejas para no oírlos, las tapo lo más fuerte que puedo, pero a veces ya no aguanto la bulla y huyo a la calle.

Me da mucha pena por Carlita, no puedo rescatarla. Janeth me grita que si quiero me largue, que me pierda yo solo, pero que mi hermanita se queda ahí, bajo su tutela. Y entonces, no sé por qué, hago lo que me dice. Camino sin rumbo, vagando con los perros carachosos del barrio, sin saber qué hacer hasta que me doy cuenta que las luces de los postes se encienden y sé que debo volver antes de que llegues.

Siempre encuentro la puerta de la casa de Janeth entreabierta, para mí o para el perro, y siempre la veo riéndose frente al televisor junto a su marido. Cuando entro no me dan importancia, solo Carlita viene a abrazarme y juego con ella a las muñecas. Después me acomodo en algún rincón de esa casa y quedo dormido con el cuaderno entre manos, o cuando Carlita intenta peinarme a tu estilo y no puede hacerlo bien porque mi cabello es más corto que el tuyo, y me deja un desastre en la cabeza.

Cuando despierto, descubro que estoy en mi cama y que ya no tengo ganchitos en el pelo; es de madrugada y te escucho roncar.

Al verte, sé que hay muchas cosas más que debo contarte, pero ya no quiero hacerlo, solo te miro y pienso que tú tienes la culpa de que me llamen maricón, de que me peguen, de que no tengamos a nadie bueno para cuidarnos. Tú y ese trabajo de mierda donde te maquillan y la gente se ríe, y dices que eso es bueno para nosotros porque de esas burlas vivimos. Y entonces yo deseo hacerme grande, muy grande, llevarte dos o tres cabezas de alto, para poder cuidar yo mismo a mi hermanita. Pero no sé si logres verme crecer tanto, hasta esa altura que me propongo, porque te juro que un día de estos, cojo mi almohada y la presiono fuerte contra tu cara, hasta removerte todo el maquillaje con la funda de carritos. Y te prometo que, cuando llegue ese día, nadie va a enterarse, ni siquiera tú que ya podrás dormir plácidamente todo lo que desees. Pero por ahora no puedo hacer nada, el sueño me lleva y Carlita se mueve; no quiero despertarla, podría asustarse al ver mi silueta entre tanta oscuridad. Así que vuelvo a cerrar los ojos hasta mañana que tus ronquidos despierten mis ganas de matarte y ojalá quien amanezca muerto en esa cama, no sea papá.

Yadir Omar Gómez Alvarado,
Sta. Mariana de Paredes Cdra. 2 Fonavi Edf. 2 Dpto. 201, Urb.
Panto 3 - Cercado de Lima
Teléf.: 993425667
yadir.gomez.alvarado@gmail.com
Lima- Perú

   /yadirgomezescritor



LAS GANAS QUE TENGO DE **MATARTE** YADIR GÓMEZ

Lima 1984, Perú. Escritor. Diseñador Gráfico de profesión. Se inició formalmente en el mundo literario el 2017, editando, diseñando y distribuyendo, en las calles de Lima, su primer libro de cuentos «Observaciones Minúsculas». El 2018 publicó los libros: «El relato de la luna», «El presidente no quiere bailar» y «Alicates para enderezar los alambres debajo del pellejo». También ha colaborado en medios digitales como «El Narratorio», «Revista Kametsa» y «laconjuradeloslibros.-com». Director del sello editorial y la revista literaria «Libre e Independiente».

Libre 
e independiente
Editorial



Scribd. **LEKTU**
COLECCION DIGITAL

revistalibreindependiente
.wordpress.com